

**UNA PROYECCION LITERARIA
DE LA ORALIDAD GUATEMALTECA:
LAS LAGRIMAS DEL SOMBRERON***

Celso A. Lara Figueroa

La noche se quejaba de dolor de estrellas. En la ciudad de Guatemala el silencio caminaba de puntillas por las polvorientas calles. Todo callado. Nada de ruido. Nada de nada.

Por el barrio del Sagrario, frente a la Catedral, los apóstoles de piedra cubiertos de sombra parecían papel molido pegado a los gruesos muros neoclásicos del templo mayor de la ciudad. En el portal del Señor, los mendigos se amontonaban tiritando de frío, en tanto la débil llama que iluminaba al Señor de la Buena Esperanza cabeceaba con luz de sueño. Uno que otro hombre derretido en la oscuridad, se deslizaba por las calles embozado en su larga capa..

En muy contadas ocasiones había reinado tanto reposo en los populosos barrios de la capital. Los naranjales de la alameda del Teatro Colón, en la Plaza Vieja, pintaban de azahar los muros del beaterío de Santa Rosa y el ámbito citadino. El reloj de la Catedral apuntaba con sus agujas centenarias la hora de las ánimas. Las ocho de la noche.

La oscuridad era densa, muy densa, tanto que había de ser cortada con un haz de estrellas para poder pasar.

* Tomado de: *Por los viejos barrios de la ciudad de Guatemala*. 17a. Edición (Guatemala, Artemis-Edinter, 1998) pp. 55-69

Por el barrio de la Parroquia Vieja, sobre las calles sin empedrar, el tiempo dormía cubierto de noche. Pocas personas se atrevían a deambular por esas calles. En toda la ciudad pesaba densa de melancolía imponiendo su tristeza.

De pronto, de lo profundo de la calle de la Corona, surgió el rumor del pausado caminar de un patacho de mulas. El en doble de los cascos de los animales, cada vez más fuerte, indicaba que alguien se acercaba. De golpe, en la esquina del Callejón del Brillante, se recortó con claridad la figura de un carbonero. Un vendedor de carbón con sus mulas llegaba a la ciudad procedente del interior del país. Se detuvo indeciso en esa esquina, miró para todos lados. Luego, manifestando alivio por haber orientado, tiró de sus mulas hacia otra callejuela estrecha, rumbo al barrio de la Candelaria.

Cosa extraña: Por donde pasaba el solitario vendedor de carbón, el ladrar de los perros se convertía en llanto. Cosa rara en verdad era este carbonero: pequeñísimo, vestido de negro y con un cinturón brillante que rodeaba su cuerpo menudo. Impecables botines de charon calzaban sus pies, en los cuales un par de espuelas plateadas salpicaban luz en las oscuridad. Al hombre una guitarra de cajeta, "de esas que venden en el atrio de la Catedral los jueves de Corpus", y sobre su cabeza un enorme sombrero de alas anchas que casi lo ocultaba por completo.

Bajo el ala del gran sombrero asomaba una mano fina que tiraba las riendas de las cuatro mulas cargadas del carbón. La noche, que lo observaba, se imaginaba que las mulas caminaban sin dirección, tal era el tamaño de su conductor, que apenas si sobresalía del suelo.

El pequeño carbonero atravesó presuroso el atrio de la iglesia de Nuestra Señora de Candelaria, dobló por la calle de la Amargura, tortuosa y oscura, y se detuvo frente a un viejo palomar. En un torcido y carcomido poste de luz eléctrica, que se apagaba cuando el viento soplaba con fuerza, el carbonero amarró las riendas de sus mulas. Descolgó su guitarra de cajeta y la afinó. Se aclaró la voz, y bajo el resquicio de una puerta que daba a la calle, empezó a cantar con emoción:

*Los luceros, en el cielo,
caminan de dos en dos
así caminan mis ojos
cuando voy detrás de vos.*

Y la voz del carbonero entraba por la rendija de la puerta y colmaba toda la casa y el barrio completo.

Las estrellas recostadas sobre su estómago luminoso buscaban al atrevido que sembraba serenatas a tan altas horas de la noche.

La voz mínima seguía llenando los aires:

*Eres palomita blanca,
como flor de limón
si no me das tu palabra,
me moriré de pasión.*

Y así otra y otra canción durante toda la noche. Alterando con el canto se escuchaba un zapatero que el carbonero ejecutaba con sus tacones sobre la acera de laja. Algunas veces la tonada se entreveraba en el redoble de los zapatitos y no se sabía si era redoble o era tonada.

Y así continuó hasta el filo de la aurora cuando el singular carbonero calló. Colgó su guitarra al hombro. Desató sus mulas y arrastrándolas se perdió nuevamente por la estrecha calle de la Amargura. Los perros dejaron de gemir, y la soledad del ambiente se le tragaron los primeros gallos que empezaban a despertar a la ciudad.

II

¡Dígame una cosa, señora Pilar! -Preguntaba una anciana mientras lavaba ropa en el tanque de San Francisco: ¿escuchó las canciones de anoche? ¡Qué fastidio, otra vez no me dejaron dormir! Se me hace que es otro enamorado de la Nina, la hija de la nia Chayo. Mire... le soy sincera, no me gustó en nada el tono de la canción. Me parecía que la voz del hombre tenía algo raro, ¿no lo cree usted así?

-Pues sí, nia Tina, a mí tampoco me agradó esa voz. ¡Parecía tan extraña! Pero no me vaya a decir que no, ¡qué bien cantaba el hombre bendito! ¡A mí sí que me gustó!

-No se preocupen, no se preocupen, es otro señorito del Sagrario que le canta a la Nina. Así sucedió la vez pasada ¿No se acuerda usted, nia Laya, que vivía al lado de la nia Chayo?

-¡Cómo no me voy a recordar señora Carmen! pero ¿sabe usted qué es lo que pasa? Que esa condenada hija de mi comadre Chayo se trae locos a todos los patojos de la ciudad. Con esos ojos grandotes, de un verdegris tan chispieante, tan bellos, y ese su pelo largo color miel que le caía tan bien. Vista así, es una mujer preciosa. ¡A mí cómo me gusta!

-¡Qué lástima, comadre Carmén! que sea hija de pobre! Cualquiera del barrio de San Sebastián la puede venir a desgraciar sin más ni más. Usted sabe que estos señores son unos presumidos que creen que nosotros no tenemos dignidad. Sería una verdadera lástima que uno de estos nos arruinara a Nina, orgullo de la Candelaria.

-¡El señor de las tres caídas le tuerza la boca, nía Laya! ¡ni lo diga! Una muchacha como ella no le hace caso a cualquiera. Mire, que yo sepa hasta ahorita no se le conoce novio.

-¡A saber Dios! Presiento que con ese enamorado de las canciones raras puede haber gato encerrado, ¿no le parece nía Tina?

Como dijo Santo Tomás, señora Laya, hasta no ver no creer, a saber quién será el que le canta a Nina Candiales de la calle de la Amargura.

-Dios dirá, señora Carmen, Dios dirá.

Y entre cantos y chismes, el tiempo y la vida se les iba resbalando a las lavanderas del barrio de la Candelaria.

Así fue en aquellos tiempo, así es hoy también, así será mañana...

III

-¡El Duende va a entrar a esta casa si se deja crecer tanto el pelo!

¡Entendéme *chula*, es por tu bien! ¡No seas terca!

-¡Ay mamá!, pura viejita de antes parece, ya no puedo ni tener mi pelo largo sin que me regañe. ¡A mí me gusta así!

-Está bien. ya no te digo más, pero ya te acordarás que yo te lo advertí. Después no me vayas a venir con cuentos.

-¡No! No se aflija, Ya no vio que alguien vino anoche a darme una preciosa serenata. Tenga que estar presentable, ¿no le parece?

-¡El gran poder de Dios! ¡No ve vayas a decir que te estás enamorando de ese que ni siquiera conocés, sólo porque vino a una noche a rasguearte la guitarra a la ventana!

-Pero mamá, usted sí que... ¡no tenga pena! Yo se lo que hago, pero lo diré que la voz de ese hombre me impresionó muchísimo. Pero no se preocupe, que no pienso hacer una locura.

-Ojalá, hija mía, ojalá. Merecés más de lo que te puedan dar esos infelices del barrio del Sagrario y de la calle Real.

-Ya lo sé, no crea que se me olvida.

Y así era. La hija de nía Rosario Candiales, tamalera de la calle de la Amargura, era verdaderamente bella.

Como se expresaba la dueña de la tienda a donde llevaban los tamales, no llegaba a comprender cómo una mujer tan sencilla pudo tener una hija tan espléndida.

La gracia de Nina Candiales residía en sus ojos, su cabello y su cuerpo delicadamente hermoso. Sin dejar lugar a duda, Nina era bella, muy bella, por lo que su madre le había enseñado a resguardar este tesoro. Quería casarla bien, con un mozo de buena familia.

De ahí que no aceptara los galanteos de los enamorados que la rondaban. En sus veintidós años, nadie le conoció pretendiente. Su tiempo lo llenaba ayudando a su madre en la preparación de los *tamales*, que de su retribución se sostenía el hogar.

Pero no sólo la madre velaba por ella, Todas las gentes del barrio de la Candelaria también lo hacían. La cuidaban y apreciaban como algo propio.

Casi se atrevían a pensar que tenía a la mujer más bella de la Nueva Guatemala. De ahí que les fastidiara oír las galanterías de una persona ajena al barrio. Aunque, a decir verdad, nadie podía establecer a quién pertenecía aquel cantar que se escurría en la noche.

IV

La serenatas se repitieron. El pequeñísimo carbonero cruzaba todas las noches con su patacho de mulas y su guitarra al hombro las callejuelas del barrio de la Candelaria y seguía sembrado coplas en el intersticio de la puerta:

*Te quiero más que a mis ojos
Más que a mis ojos te quiero
Pero más quieron a mis ojos
Porque mis ojos te vieron.*

Mientras tanto Nina se conmovía profundamente con el canto de su pretendiente, a quien nunca había visto. Se lo imaginaba gallardo y apuesto.

Sin embargo su orgullo de mujer la detenía cada vez que intentaba acercarse a la puerta. Hasta que deslumbrada por las muchas noches y muchas serenatas, abrió su ventana y el pequeño enamorado pudo, por fin, entrar en su casa.

Y desde entonces, todas las noches el pequeño carbonero penetraba a la casa de nía Chayo Candelaria, después de amarrar sus mulas cargadas de carbón al poste de la luz eléctrica.

La persistencia de las serenatas seguía causando revuelo en el barrio.

Todos querían conocer al hombre que enamoraba a Nina. No obstante, por más esfuerzos que hicieron nunca lograron ni siquiera verlo.

-Nía Tona- decía en aquel atardecer una vieja madura a otra, en el atrio de la iglesia de la Candelaria, después de la hora santa-, tenemos que saber quién es el enamorado de la mentada Nina. ¡Fijese qué cosa! Ni Chayo no dice nada y la patona tampoco. Yo me voy a quedar hoy en la noche escondida tras la ventana para ver quién es el que pasa.

Después le cuento.

-Muy bien señora Matilde-, pero no se le vaya olvidar que me tiene que contar lo que vea.

Esa noche, la vieja Matilde se acurrucó tras la ventana y pudo ver, al pequeño carbonero del gran sombrero, con su petacho de mulas y su guitarra de cajeta.

Y pudo ver también que entraba por una ventana a la casa de nía Chayo Candiales.

-¡Jesús de las Misericordias nos amparte, doña Tonita! -gritó la vieja Matilde al día siguiente-. ¿Sabe quien es el enamorado de Nina Candiales? ¡El mismísimo Sombrerón! Con que razón está tan flaca la pobre. Yo ayer lo vi con estos ojos que se van a comer los gusanos. ¡Ay, nía Tona tenemos que hacer algo!

-¡El sombrerón, dios mío! ¡El mismísimo Duende, el Tsitsimite! ¿Qué vamos a hacer señora Matilde?

-Yo sé que hacer, pero antes que nada, tenemos que hablar con la nía Chayo.

-¡Ay, Dios mío, el Sombrerón! -gritó desesperada nía Chayo cuando lo supo- ¡Ya me la va a enfermar! ¡Con qué razón mi pobre hijita está tan desmejorada! ¿Y ahora qué hago, señora Matilde? -Llévesela de aquí, nía Chayo, llévesela rapidito a otra parte, porque el Duende nunca la va a dejar en paz, y peor que ahora Nina le hizo caso.

-Ahorita mismo, señora Matilde, ahorita mismo nos vamos de aquí.

V

Y en efecto, en cuanto pudo, nía Chayo se llevó a Nina del Barrio de la Candelaria y la internó en el convento de las Monjas Catarinas, gracias a los oficios de la madre portera. La primera noche que llegó el Sombrerón en busca de su amada y no la encontró, se asustó tanto que regresó rápidamente por la misma calle, sin haber siquiera descolgado su guitarra, y se perdió en una carrerita llena de angustia y de polvo.

Mientras tanto, Nina rezaba ante el altar de Santa Catarina y soñaba con su joven enamorado. Sentía su presencia en el ambiente. Cuando entraba a su celda, después de cumplir con los oficios, escuchaba con claridad el taconeo de sus zapatitos y la miel de su voz inflamada de amor.

Sus enormes ojos verde-grises se cubrían de amargura. Y fatalmente empezó a morir, evitándola tan sólo la esperanza de volver a oír el sutil canto del Sombrerón.

Cuentan los viejos de la Candelaria que desde el día en que Nina cruzó las puertas del Convento, muy cerca del claustro, en la Plaza de los Carboneros, se veía amarrado a la alcantarilla del agua un patacho de cuatro mulas.

Tras los gruesos muros Nina, la hermosa morena de los grandes ojos y el cabello dorado, se iba apagando con lentitud ante la congoja de las monjas, hasta que en la noche de Santa Cecilia, en el mes de noviembre, se durmió para siempre. Amaneció muerta. Las madres Catarinas, acongojadas, la velaron en la capilla del Señor Sepultado, y luego entregaron el cuerpo exámine a la madre, la tamalera de la calle de la Amargura.

La angustiada madre trastadó el cadáver de su hija al barrio para el velorio.

VI

Como enjambre de abejas negras, la casa se llenó de amigos que querían saludar por últimas vez a la mujer que tanto habían admirado. Adentro, tristeza absoluta. Afuera, noche oscura. Hacía frío. Estaba tan helada que el viento se hacía astillada contra las ramas de los árboles del Cerro del Carmen. Pero era una noche de noviembre en la ciudad de Guatemala.

En el reloj de la casa habían sonado ya las ocho de la noche, cuando por la calle de la Parroquia apareció un hombrecito con su guitarra y sus cuatro mulas caminando muy de prisa: El Sombrerón. Corriendo por la calle de la Amargura llegó a la casa en donde se velaba a su amada.

Amargura llegó, a la casa en donde se velaba a su amada.

Amarró su patacho de mulas al poste de luz. Descolgó su guitarra y empezó a cantar, derramando su tristeza:

*Ay...Ay...
Mañana cuando te vayas
voy a salir al camino,
para llenarte el pañuelo
de lágrimas y suspiros.*

Gruesa lágrimas resbalaban por debajo de su anchísimo sombrero. Lágrimas de dolor, que en destellos cristalinos se pulverizaban en el silencio de la penumbra. Aquel llanto se escuchaba por toda la casa, y era un gemir que estrujaba el

alma, que hacía doler la vida. Y toda la gente empezó a llorar, condolidada del sufrimiento del Sombrerón.

Y el lamento continuaba:

*Estoy al mal ya tan hecho
desde que mi amor perdí,
que el mal me parece bien
y el bien es mal para mí.*

Sobre las piedras -lajas de la acera, las lágrimas del Sombrerón se hacían pedacitos de suspiros. Y la pena de sus sollozos se hundían en su alma deminuta y en su guitarra de cajeta.

Cuentan en los barrios coloniales de la ciudad, que nadie se percató cuando el Sombrerón dejó de cantar y de gemir. Ninguno recuerda a qué hora agarró su patacho de mulas y llorando se perdió por la calle de la Amargura hasta fundirse en su oscuridad. Ningún viejo, por viejo que sea, se acuerda ahora en qué momento se apagó aquel llanto; pero todos aseguran que al otro día se encontró un rosario de lágrimas a lo largo de las calles del barrio, que resbalaban hasta los barrancos que circundan la ciudad.

Nina, la bella y frágil amada del Sombrerón, fue inhumada a la hora del alba en el cementerio de San Juan de Dios; y dicen los viejos que desde entonces, todas las noches de Santa Cecilia, aparecen en el Callejón de las Animas, muy cerca del cementerio, amarradas a un poste de luz, cuatro mulas cargadas con redes de carbón, y en el camposanto, al ras de la tumbas, se escuchan una lánguida y triste copia:

*Corazón de palo santo
ramo de limón florido
¿por qué dejas en olvido
a quien te ha querido tanto?*

Y al amanecer, aparece sobre la losa de una tumba una rosa silvestre cubierta de madrugada: gotas de alba, gotas del llanto del Sombrerón.

Porque, como aseguran los viejos de la Parroquia, el Duende nunca olvida a las mujeres que ha querido.